

po y mas bien que esto debe decirse que los generales y los soldados de nuestros aliados sucumbieron á la adversidad de la Fortuna.

¿Cuál debía ser la obra de un buen ciudadano que deseara trabajar por su patria con todo el celo, con todo el acierto y prevision posibles? ¿No debía asegurar el Atica, en el litoral por la parte de la Eubea, en tierra por la frontera de Beocia, y hasta el Peloponeso por los pueblos limitrofes? ¿No debía buscar para el trasporte de granos hasta el Pireo un camino seguro á través de las comarcas amigas? ¿No debía defender lo que poseíamos, el Proconeso, el Queroneso y Tenedos, y enviar socorros para conseguirlo, pronunciar discursos y redactar decretos? ¿No debía conciliarse la amistad y la alianza de Bizancio, de Abydos y de la Eubea? ¿No debía arrebatar al enemigo sus mayores fuerzas y suplir con ellas las que nos faltaban? Pues todo lo he conseguido con mis decretos y mi política. Sí, sometida á un exámen imparcial, mi conducta no ofrece otra cosa que sábios proyectos ejecutados con integridad, atencion para descubrir y aprovechar toda circunstancia favorable y para hacer cuanto es permitido á las facultades de un solo hombre. Si un génio fatal, si la impericia de nuestros generales, si la traicion y si todas estas causas sumadas han ocasionado la ruina universal, ¿dónde se halla el crimen de Demóstenes? ¡Ah! si cada ciudad griega hubiese tenido un ciu-

dadano que ocupara su puesto como yo ocupaba el mio entre vosotros; si un solo tesalio, si un solo arcadio hubiese pensado como yo pensaba, ningun heleno de esta ni de la otra parte de las Termópilas sufriria al presente la tiranía extranjera. Libres con sus propias leyes, sin peligros, sin inquietudes, todos vivirian dichosos bajo el cielo de la patria, y su reconocimiento hácia Atenas por tantos beneficios inestimables seria obra mia! Para probaros que por temor de despertar la envidia empleo un lenguaje inferior á la importancia de los hechos, se van á dar á conocer los socorros enviados á consecuencias de mis proposiciones. — (*Lectura de los socorros.*)

Hé aquí, Esquines, lo que debe hacer todo hombre honrado y todo buen ciudadano. La victoria; oh Dioses inmortales! nos habria elevado á la cumbre de la grandeza, y después del desastre que hemos sufrido, nos queda, al ménos, una reputacion intacta. Nadie se queja de Atenas, nadie censura su política y sólo se acusa á la Fortuna de haberse mostrado adversa. Pero; por Júpiter! el buen ciudadano no se aparta á los intereses del Estado, no se vende á los enemigos para servirles en vez de servir á la patria, no denigra al hombre cuyos discursos y decretos dignos de la República han merecido una aprobacion constante, no guarda en su memoria el recuerdo de las injurias personales, no permanece, en fin, como

tú, en una quietud insidiosa y funesta.

Hay sin duda un reposo útil á la patria, y casi todos participais de él honradamente; pero en nada se parece al reposo de ese hombre. Retirado de los asuntos se le vé espiar las ocasiones en que estais fatigados de oír á un orador, y los momentos en que la suerte os envía alguno de esos reveses ó alguno de esos accidentes desgraciados tan comunes en la vida humana. Entónces deja su retiro, asalta la tribuna, resuena su voz, amontona palabras sobre palabras y prolonga sin tomar aliento esos períodos sonoros que léjos de producir algun bien, impresio- nan ligeramente sobre algunos asuntos y deshonoran á la República. Si estos esfuerzos laboriosos parten, ¡oh Esquines! de un alma pura que se interesa por el bien de la patria, producen frutos preciosos y útiles á todos tales como alianzas, subsidios, empre- sas comerciales, leyes saludables y firmes obstáculos opuestos al enemigo. Búscase esto en los días azarosos que ofrecen al buen ciudadano ocasiones propicias, en las cuales no has aparecido ni al principio, ni después, ni nunca, aunque se tratase de la defensa ó del engrandecimiento de la patria. ¿Qué alianzas, qué gloria, qué amigos, qué socor- ros ha logrado Atenas por tí? ¿Ha habido alguna embajada ó expedicion en que la haya honrado tu conducta? ¿Ha habido algun asunto ateniense, griego ó extranjero, que haya tenido buen éxito en tus manos? ¿Nso

has proporcionado alguna vez armas, bu- ques, arsenales, fortificaciones ó tropas? ¿Han recibido los ricos ni los indigentes al- gun beneficio por tus donativos patrióticos? ¿Podrás decir que has desplegado celo y actividad? ¿donde? ¿en qué tiempo? ¡Oh el más injusto de los hombres! Cuando todos los oradores se imponian una tarea voluntaria por la salvacion comun; cuando últimamente Aristónico sacrificó por la patria las econo- mías reunidas para su rehabilitacion, tú no contribuiste con nada, ni siquiera te presen- taste en público. ¿Fué por indigencia? No, puesto que habias recibido más de cinco ta- lentos de la herencia de tu suegro y dos que te dieron los mayores contribuyentes por ha- ber mutilado la ley sobre los armamentos marítimos. Pero prescindamos de estos de- talles que, sin sentirlo, me arrastrarian muy léjos. Está fuera de duda que si nunca has contribuido á las necesidades comunes, no ha sido por falta de recursos, sinó por una consideracion delicada bácia aquellos que habian comprado tus servicios.

¿En qué ocasion te muestras atrevido? ¿Cuándo descuellas sobre todos? Sólo cuan- do es preciso hablar contra tus conciudada- nos. ¡Oh! entónces desplegas voz atronado- ra, inmensa memoria y el talento del gran cómico Teocrino. Has hablado de los gran- des hombres que vivieron en los tiempos antiguos; nada más laudable. Pero es in- justo ¡oh atenienses! abusar de vuestra ad-

miracion por aquellos ilustres ciudadanos y establecer un paralelo entre ellos y yo que soy vuestro contemporáneo. ¿No es sabido que la envidia aborrece á los vivos y se enamora de los muertos? Tal es el corazon humano y por esto no debe juzgárseme recordando á nuestros ilustres predecesores. Fuera eso proceder sin justicia ni imparcialidad. Contigo, Esquines y con aquellos que prefieras entre nuestros contemporáneos, es con quienes debe comparárseme. Considera si para Atenas no es más útil premiar el amor patrio y los servicios prestados á la República, que el recuerdo de las magníficas empresas de nuestros abuelos ante los cuales toda alabanza languidece, sobre todo cuando dicho recuerdo sirve para olvidar ó despreciar los beneficios recientes. Más diré aún: examínese de buena fé mi conducta y se verá la conformidad de mis intenciones con las de los grandes hombres que celebras y la conformidad de tus intrigas con las de sus calumniadores. Porque en aquellos siglos habia tambien malvados parecidos á tí en los cobardes y envidiosos, que ensalzaban á los muertos para rebajar á los vivos. Dices que en nada me parezco á aquellos ilustres ciudadanos; pero, ¿quieres decirme si tú, Esquines, y tu hermano y los demás oradores de hoy me llevais alguna ventaja? El hombre de bien compara los vivos á los vivos y los talentos de ellos entre sí como se hace con los poetas, los bailari-

nes y luchadores, Filamon, aunque inferior á Glocos y á algunos antiguos atletas, no sabia de Olimpia sin premio; superior á sus adversarios era coronado y proclamado vencedor. De igual manera Esquines, puedes compararme á los oradores de nuestro tiempo, á tí mismo ó á otro cualquiera, sin temor de que retroceda antes ninguno. Mientras que la República ha podido seguir en tanto los consejos más útiles, ha sido posible a todos los ciudadanos rivalizar en celo por la causa pública, se me ha visto proponer las resoluciones mas ventajosas habiéndose resuelto todo por mis decretos, mis leyes y mis embajadas. En cambio vosotros jamás habeis aparecido sinó que para dañar al Pueblo. Después de los tristes acontecimientos (¡por qué los Dioses lo habrán consentido!) cuando se buscaban en lugar de fieles consejeros esclavos dóciles, traidores, aduladores y mercenarios, tú y tus cómplices brillásteis en la opulencia, costeando magníficos caballos, y yo entretanto quedaba oscurecido, pero abrigando en mi pecho un corazon fiel á la patria.

Dos son las cualidades ¡oh atenienses! que caracterizan al buen ciudadano, título que creo poder atribuirme sin provocar la envidia: en el ejercicio del poder una firmeza inquebrantable para mantener el honor y la supremacia de la República y en todo tiempo y para todos sus actos públicos desinterés y patriotismo. Esto último depende de

nosotros, radica en nuestro corazón aunque no tengamos el poder á nuestra mano. ¡El patriotismo! lo hallais en mí constante, inalterable. Recordad que se ha pedido mi cabeza, que se me ha citado ante el tribunal de los Anfictiones, que se han puesto en juego promesas y amenazas, que se han lanzado contra mí esos malvados como bestias feroces y que nada ha podido apartarme de vuestros intereses. Desde mis primeros pasos he marchado por el camino más recto: mi política ha consistido siempre en mantener las prerogativas, el poderío y la gloria de mi patria, en extenderlas y en identificarme con ellas.

En tiempos en que el extranjero prospera no se me vé cruzar la plaza pública rebozando de júbilo, tendiendo la mano y refiriendo las noticias á los que han de transmitir las á Macedonia. Si nuestra ciudad tiene motivos de alegría no tiemblo al saberlo, ni me retiro azorado y con la mirada abatida como esos impíos que difaman á la República, sin ver que se deshonran ellos mismos y que, fija la vista fuera de su patria, celebran los triunfos del que debe su prosperidad á las desgracias de Grecia deseando que se dedique á perpetuarlas.

¡No escuchéis, Dioses inmortales, sus execrables votos! ¡Corregid, corregid sus espíritus y su corazón! Y si tanta maldad es incorregible, ¡haced que, abandonados en el mundo, perezcan sobre la tierra ó sobre lo

ares! ¡Para nosotros, última esperanza de la patria, sólo dedimos que os apresuréis á disipar los peligros suspendidos sobre vuestras cabezas y á asegurar nuestra salvación!

PA
D4